

sometieron de buen grado; otras le prestaron su ayuda: al revés, algunas le trataron de loco. Juan de Vico, señor de Viterbo, y el de Orvieto fueron obligados á rendirle homenaje. Florencia, Siena, Perusa, le enviaron soldados: diputados las ciudades de la Umbria; Gaeta, 10,000 florines de oro; Venecia y el señor Luchino se declararon sus aliados; Juana de Nápoles recibió honoríficamente á sus enviados: no los recibió con menos distinción el emperador Luis; pero los Pépoli, la casa de Este, los Escala, los Gonzaga, los Carrara, los Ordelaffi, los Malatesta se mofaban de él.

Parecía como si quisiera justificar á estos últimos con las estravagancias que luego hizo. Como tenía en su carácter más vanidad que energía, á este modo de empezar tan leal, tan desinteresado, dejó suceder los impetus de una ambición pueril. Se rodeó de fausto, quizá con el fin de halagar al pueblo, y vivió con un esplendor de los más dispendiosos. Habiéndose hecho armar caballero con una solemnidad á que todavía nada se había aproximado, se bañó en esta ocasión en la tina de Constantino. Hasta se vistió la dalmática que al tiempo de su coronación se ponían los antiguos emperadores; y con el baston de mando en la mano y con siete coronas en la cabeza, símbolo de las siete virtudes, dijo, blandiendo su espada hácia los cuatro puntos cardinales del cielo: «Juzgaré el globo de la tierra según la justicia, y los pueblos según la equidad.» En virtud de aquella autoridad que pretendía ejercer sobre el mundo,

*spiro gentile, il Cavalier che tutta Italia onora, no puede ser Nicolás Rienzi: Que el veltro alegórico sea Can de la Escala ó Uguccione de la Fagginola, es lo que importa menos á mi amigo Troya en el opúsculo en que discurre sobre ello. De Sade ha sido refutado, y recientemente por Ceferino del Rey, de quien Papencordt adopta el dictámen. Además, existen muchas cartas de Petrarca á Rienzi. «Tu magnífica declaración anuncia el restablecimiento de la libertad, lo cual me consuela, me arroba, me encanta... Tus cartas corren en manos de todos los prelados: todos las quieren leer y copiar, parece que bajan del cielo, ó proceden de los antipodas. Apenas llega el correo, se agolpan todos á leerlas, y los oráculos de Apolo no tuvieron tan diversas interpretaciones. Tu conducta es admirable, porque te pone al abrigo de toda censura, mostrando á la vez la grandeza de tu valor y la majestad del pueblo romano, sin ofender el respeto debido al sumo pontífice. Pertenece á un hombre cuerdo y elocuente como tú lo eres, conciliar cosas opuestas en la apariencia... Nada indica en tí una bajeza tímida, ni una presunción loca... No se sabe si admirar más tus acciones ó tu estilo; y se dice que obras como Bruto y procedes como Cicerón... No abandones tu magnánima empresa... Has echado excelentes cimientos; la verdad, la paz, la libertad, la justicia... Todos saben con cuánto ardor me desencadenó contra cualquiera que se atreva á suscitar dudas acerca de la justicia del verdadero tribuno y de la sinceridad de tus intenciones. No miro ni hácia adelante ni hácia atrás, y me he enajenado la voluntad de muchas personas. No me asombra porque he experimentado, como dice Terencio, que la condescendencia hace amigos, y la verdad enemigos.»*

citó á Luis de Hungría y á Juana de Nápoles, al emperador Luis y al antecesar Carlos para que presentaran en su tribunal los títulos de su elección, «que así como está escrito no pertenecen más que al pueblo romano.» Intimó al papa que volviera á ocupar su silla: declaró libres á todas las ciudades de Italia. Queriendo imitar la benignidad y la libertad romana (17), les concedió los derechos de ciudadanía en Roma, con el de elegir á los emperadores. Intimaba al mismo tiempo á los Estados italianos, al papa, al emperador, la orden de enviar embajadores á Roma para tratar de la paz y del bien de toda Europa.

El papa, que primero le había nombrado gobernador pontificio, se irritó al verle abrogarse semejantes poderes y tan exorbitantes pretensiones; el vicario que hasta entonces la había secundado, protestó contra la intimación hecha al pontífice y á los príncipes; la opinión, que le había apoyado mientras se trató de hacer el bien del pueblo y de reformar abusos, le abandonó poco á poco; se le hizo un cargo de sus desordenados gastos, de los que eran consecuencia los tributos, que todo gobierno está obligado á imponer.

Entonces quiso Rienzi excitar el terror, y procurarse tesoros haciendo dar muerte á los principales barones; pero los gritos del pueblo le impidieron cometer aquel desafuero, y le precisaron á devolverles la libertad. No respirando entonces más que venganza, aquellos nobles se fortificaron en sus castillos, reunieron á los descontentos, é hicieron la guerra en los alrededores, talando las cosechas prontas á ser recolectadas. El buen literato, el pacífico tribuno, se vió obligado después de haberles intimado en vano ir á justificarse en juicio, á tomar él mismo las armas; y en los lugares mismos en que el viejo Colonna acababa de perecer peleando con uno de sus hijos y otros señores, armó á su propio hijo caballero de la Victoria.

¿Pero qué bienes producían al pueblo aquellos triunfos? El tribuno se encontraba exausto de dinero y rentas; los medios de procurárselo le irritaban: entonces volviendo á adquirir firmeza el cardenal legado, declaró á Rienzi traidor y hereje; después se unió á los barones para hacer morir de hambre á Roma. Rienzi hizo tocar á rebato, y trató con sus discursos de reanimar el entusiasmo del pueblo: pero le faltó el valor para soportar la pena más cruel, el abandono. Rogó, tembló, lloró, y al fin se decidió á resignar el poder, y corrió á encerrarse en el castillo de Santo Angelo con sus parientes y algunos fieles amigos, hasta el momento en que pudo huir (1348). Volvió entonces el valor á sus enemigos; los que se habían manifestado sus más ardientes partidarios, le hicieron

(17) *Volentes benignitates et libertates antiquorum Romanorum pacifice, quantum á Deo nobis permittitur, imitari.*

ahorcar en estatua por el temor de ser inquietados, y todo lo que había hecho en siete meses fué destruido en un momento.

El tribuno, errante, pero no malvado, vivió varios años entre los eremitas franciscanos del monte Maella en los Apeninos. Como las ideas de los hermanitos, contrarias á la autoridad y al fausto de los pontífices, circulaban en aquellas comarcas, el entusiasmo de la soledad le hizo creer que era llamado á cooperar á una reforma universal que Dios se preparaba á efectuar para corregir la vida perversa del mundo. Con el objeto de apresurar la obra se presentó á Carlos de Bohemia, diciéndole que tenía graves secretos que confiarle: le animó á libertar la Italia, á proporcionarle armas, sin las cuales la justicia no podía prevalecer; pero aquel príncipe le hizo poner preso, y le envió á Aviñon, donde fué perdonado; la intervención del Petrarca le valió también ser absuelto de la excomunión y se le dejó vivir en paz.

Roma recuperó algunas costumbres de orden y tranquilidad bajo el gobierno del legado y de los dos senadores; el jubileo (1350) atrajo allí mucha gente y dinero (18). Pero para reprimir la audacia

(18) El día de Navidad comenzó la santa Indulgencia para todos los que fueron en peregrinación á Roma, haciendo las visitas ordenadas por la Santa Iglesia en la basílica de San Pedro, de San Juan de Letran y de San Pablo extramuros. Para conseguir el perdón, concurrió de toda la cristiandad una multitud maravillosa é increíble de hombres y mujeres de todas condiciones y categorías, habiendo ocurrido poco tiempo antes la general mortandad, que todavía continuaba en diversos países de Europa entre los fieles cristianos; seguían su romería con tanta devoción y humildad, que soportaban con la mayor paciencia la inclemencia del tiempo, que estaba extraordinariamente frío, con nieves, hielos y aguaceros; los caminos por todas partes destrozados y cortados; las hospederías que en ellos había se hallaban llenas de día y de noche, y las casas contiguas á los caminos no eran suficientes para tener á cubierto los hombres y caballos; pero los alemanes y húngaros pasaban la noche en el campo en grandes pelotones y masas, apiñándose unos con otros por el frío y haciendo grandes hogueras. Los posaderos no sabían á quién contestar, ni á quién dar el pan, el vino y la cebada, ni de quién recibir el dinero, y muchas veces ocurría que deseando los romeros continuar su camino, dejaban el importe de los gastos que habían hecho sobre las mesas, y marchaban seguidamente sin que ningún viajero tocara aquel dinero hasta que el posadero venía á recogerlo.

En el camino no se oía ruido ni algazara, sino que al contrario, se comportaban bien unos con otros, ayudándose con paciencia y valor. Habiendo principiado algunos ladrones á robar y asesinar en el territorio de Roma, los mismos peregrinos, auxiliándose mutuamente, mataron á unos y prendieron á otros. Los labradores hacían custodiar los caminos, consiguiendo que los ladrones se alejasen de ellos, de modo que quedaron seguros todo aquel año. Era imposible enumerar la multitud de cristianos que iban á Roma, pero calculando los que residían en la ciudad el día de Navidad, los solemnes que le siguen, y en la Cuaresma hasta la Pascua de la Santa Resurrección, había en

de la nobleza, Francisco Baroncelli había sido nombrado tribuno del pueblo. Ahora bien, el legado Alborno se extendió con el papa para forzar al prefecto Juan de Vico, á restituir las numerosas plazas que tenía ocupadas y renunció en sus manos la autoridad en Roma (1354). Pidió entonces el pueblo por gobernador á Nicolás Rienzi, que había ido con él; y en efecto, le nombró senador, con la idea de que su popularidad contribuiría al restablecimiento de la tranquilidad. No se engañó en su esperanza: habiendo hecho Rienzi prender y juzgar á fray Moriale que hacía varios años asolaba la Italia al frente de una banda, le envió al cadalso. Reconoció el papa á Rienzi por noble caballero, pero ejerciendo éste el poder en nombre del pontífice cesó de ser querido del pueblo.

Roma de un millon á un millon y doscientos mil peregrinos, y por la Ascension y Pentecostés más de ochocientos mil, estando los caminos llenos de día y noche como se ha dicho. Pero aproximándose el verano, el extremado calor y las ocupaciones de la recolección, obligaron á las gentes á ausentarse de aquel país, y aun así, cuando había menos peregrinos, se contaban continuamente más de doscientos mil forasteros. Las visitas de las tres iglesias desde que se salía de casa hasta que se regresaba á ella, componían una distancia de once millas. Las calles estaban tan llenas continuamente, que todos se veían obligados, bien fuesen á pie ó á caballo, á seguir la muchedumbre, con lo que se adelantaba muy poco, y esto hacía más penoso el tránsito.

«Los peregrinos cada día que visitaban las iglesias presentaban en cada una sus ofrendas en mayor ó menor cantidad, según les parecía. Todos los domingos y fiestas solemnes se enseñaba el Santo Sudario de Cristo en la iglesia de San Pedro, para que pudiesen verlo la mayor parte. Las gentes se oprimían de un modo tan extraordinario é indiscreto, que muchas veces aconteció que se encontrasen dos, cuatro, seis, y hasta doce personas muertas por sofocación ó pisoteadas por la muchedumbre. Todos los romanos se convirtieron en posaderos, albergando en sus casas á los peregrinos que hacían la romería á caballo, exigiendo por cada uno de éstos una libra tornesa diaria, ó una y media, y algunas veces dos, según el tiempo, y sin embargo, el peregrino tenía que comprar cuanto necesitaba para su alimento y el del caballo, pues no se les daba más que una mala cama. Deseosos los romanos de ganar desordenadamente, aunque podían tener un mercado surtido con abundancia de cuanto era necesario para la vida, mantuvieron la carestía de pan, vino y carne en todo el año, prohibiendo que los mercaderes llevasen vino forastero, trigo ni cebada, á fin de vender lo suyo más caro.

«La afluencia de gentes fué casi tan abundante al fin como al principio del año; pero luego concurrieron mayor número de señores, nobles damas, elevados personajes y mujeres de países ultramontanos, de otros más distantes y aun de la misma Italia, que al principio ó á mitad del término señalado, y á medida que se aproximaba el fin, se aumentaba la concesión de gracias, dispensando de visitar las iglesias. Después, con el objeto de que ninguna de las personas que habían ido á Roma, y no habían tenido tiempo de hacer la visita de las iglesias, quedase sin la gracia ó sin la indulgencia concedida por los méritos de la pasión de Cristo, se aplicó plenamente dicha indulgencia á todos los que se hallaban allí el último día.» MATEO VILLANI, I, 56.

Los impuestos sobre la sal y el vino colmaron el descontento de los romanos; subleváronse y asaltaron el palacio á los gritos de *¡Muera el traidor que ha impuesto la gabela!* No creyendo que el motin amenazase su vida, aguardó á aquellos furiosos vestido con el traje senatorial y el estandarte del pueblo en la mano. Pero cuando vió llover piedras y fuego, trató de librarse del peligro. Descubierto en su escondite fué degollado, y su cuerpo colgado de la horca (8 de octubre). De esta manera es como el pueblo destroza sus ídolos.

El cardenal y Rodolfo de Varano, señor de Camerino y comandante del ejército, restablecieron la tranquilidad en Roma; y despues continuaron sometiendo el patrimonio de San Pedro, el ducado de Espoleto, la Marca de Ancona y otros territorios. Bolonia, que se habia sustraído á la dominación de los Visconti por Juan Oleggio, que de simple clérigo, habia ascendido por favor, hasta la categoría de capitán general de aquella ciudad, la vendió despues al papa. Habiendo reunido el cardenal en Roma los diputados de todas las ciudades que dependian del pontífice, publicó para ellas las Constituciones Eugubinas (1357).

Francisco de los Ordelaffi, señor de Forli (19),

(19) La dama Cia, mujer del capitán Forli, encerrada en la ciudadela con Sinibaldo, su joven hijo, dos sobrinos de corta edad, una joven, dos hijas de Gentil de Mogliano y cinco señoritas, se encontró sitiada. Ocho máquinas de guerra batian la plaza, donde arrojaban continuamente enormes piedras. No teniendo ninguna esperanza de socorro, y sabiendo que las murallas de la ciudadela y las torres estaban minadas por los enemigos, se sostenia con un valor admirable, ayudando á la defensa y animando á los suyos. Como se encontrase en esta difícil situación, Vanni de Susinane de los Ubaldini, su padre, conociendo el peligro que amagaba á su hija, acudió al legado é impetró la gracia de ir á hablar con ella para inclinarla á que se rindiese, salvándose de este modo ella y toda su gente.

Cuando llegó al castillo, como padre, hombre de grande

Forlimpópoli, Cesena, Castrocaro, Bertinoro é Imola, se habian sostenido con ayuda de aquellas bandas mercenarias, que en aquella época era el nervio y el oprobio de la guerra; pero acabó por someterse y fué absuelto. La Romagna tambien, donde el cardenal Alborno no habia encontrado súbditos sino en Montefalco y en Montefiascone, se puso toda entera bajo la obediencia del papa. Cuando el pontífice le pidió cuenta del dinero gastado durante estos catorce años, el legado le envió un carro cargado únicamente con las llaves de las ciudades avasalladas.

autoridad y muy versado en la guerra, le dijo: *Querida hija, debes creer que no he venido aquí á engañarte ni á hacer traición á tu honor. Sé y veo que tú y los que te rodean estáis en un peligro inevitable. No conozco otro remedio que tratar con las mejores condiciones para tí y los tuyos, y devolver la plaza al legado. Añadió muchas razones para determinarla, manifestándole que no habia en ello nada de vergonzoso para el más valiente capitán del mundo, en circunstancias semejantes. La dama respondió á su padre: Padre mio, cuando me habeis entregado á mi señor, me habeis encargado serle obediente en todas las cosas; así lo he hecho hasta aquí y espero hacerlo hasta la muerte. Me ha confiado esta plaza, encargándome no la abandonara por causa alguna, y no hacer nada fuera de su presencia ó sin ser avisada por cierto signo secreto que él me ha confiado. Poco me cuido de la muerte ó de otra cosa cuando obedezco sus mandatos. Ni la autoridad paternal, ni la amenaza de peligros inminentes, ni ejemplo parecido que le citó un hombre tan notable, pudieron conmovér la firmeza de la dama, y despidiéndose de su padre se dedicó con la mayor solicitud á preparar los medios de defensa y las guardias del castillo, cuya custodia se le habia confiado, no sin admiración de su mismo padre y de cuantos presenciaron el temple varonil del alma de aquella mujer. Yo creo, que si esto hubiese ocurrido en tiempo de los romanos, los grandes autores no la hubiesen quitado el honor de que su esclarecida fama figurase entre las otras que encontraron dignas de singulares elogios por su constancia. El mismo autor, VII, 69.*

## CAPÍTULO XVIII

### LOS GUERRILLEROS.—LOS VISCONTI.—LOS ESFORCIA.

Ya hemos visto que en la Edad Media se hacia la guerra con tropas feudales y con las milicias de los concejos. Las primeras desaparecieron al cesar el sistema, del cual se derivaban, y al aumentarse la necesidad de llevarlas á lejanas expediciones. Las milicias de los concejos se habian armado legítimamente, primero por la libertad de su patria, despues para defenderla, y últimamente tomaron la ofensiva en los países en que las repúblicas se consolidaron. Donde prevaleció la monarquía, los reyes procuraron formarse ejércitos con los hombres de los concejos, como en Francia y en Inglaterra, á despecho de los barones, que veian sustraerse tantos vasallos de su obediencia para pasar á la de los reyes. Por otro lado, estos barones, cuando tuvieron altercados con los concejos, fueron obligados á recurrir á brazos mercenarios, armados, no con el fin de dejar á los ciudadanos trabajar y traficar en paz, sino para tenerlos en la dependencia é impedirlos conocer su fuerza. Los mismos reyes cuando tuvieron que luchar con los barones, hallaron como más seguro emplear la fuerza brutal de indiferentes mercenarios, más bien que reclutar tropas entre hombres acostumbrados á obedecer hereditariamente á sus señores, y en quien la fidelidad podia ser quebrantada por la reflexión ó el sentimiento.

El uso de tropas mercenarias introdujose, pues, en todas partes, y las provincias suizas, así como los países confederados de Alemania, donde el gobierno democrático habia dejado acrecentar la población y ejercitarse en las armas, suministraron el número mayor de reclutas venales. Los armagnacs y los demás que por tanto tiempo causaron á la Francia más mal que al enemigo contra quien se habian alistado, nos han demostrado suficientemente cómo se comportaban con amigos y enemigos.

En Italia, los ciudadanos habian combatido por conquistar su independencia contra el primer Federico y defenderla contra el segundo; pero cuando las guerras se prolongaron y llegaron á ser querellas de partido, ó cuando un señor las decretó, sea por su propio interés, sea por capricho, tomaron las armas con tanta menos voluntad, cuanto ya se habian acostumbrado á las dulzuras de una existencia tranquila y entregada á las artes. Nada podia, pues, ser más apetecible á los señores que este disgusto en tomar las armas, que en manos de los ciudadanos es un freno temible á los abusos del poder. Así de muy buen grado les dispensaron de esta contribucion que cambiaron en un tributo, de que se sirvieron para pagar tropas llamadas de afuera. Venecia, que en su celosa desconfianza no habia concedido jamás á sus nobles los mandos militares, se sirvió de soldados mercenarios en todas las campañas de tierra firme. Florencia, aunque gozase de la libertad democrática, se acomodó á este sistema que dejaba á sus ciudadanos tiempo para dedicarse al negocio y á las diferentes industrias manufactureras é intelectuales.

Pronto se encontró quien especulase con este nuevo objeto de lucro, así como hombres dispuestos á perder su sangre por un precio convenido y guerrilleros ó jefes que los comprasen, alzando una bandera á la ventura, para hacer la guerra donde mejor les conviniese. Esta gente nueva sostuvo una parte principal, no sólo en las guerras, sino en las vicisitudes políticas de aquel período.

De tantos mercenarios bajados á Italia con Enrique VII, Federico de Austria, Luis de Baviera, el duque de Carintia y el rey de Bohemia, pocos habian vuelto á su país. Mejor les convenia permanecer á sueldo de los señores italianos, que por su parte tenian más ventaja de servirse de personas extranjeras á las facciones interiores, y cuya alma